

## SIC TRANSIT GLORIA MUNDI..

MARBELLA, PARADIGMA CUESTIONABLE

Tiene algo diferenciador esta ciudad, que escapa quizás al análisis somero, pero confirma su historia. Geográficamente constituye un núcleo urbano cuyas características morfológicas la encuadran dentro de un microclima de tipo mediterráneo, escaso, y por ende, privilegiado. Los acontecimientos humanos la sitúan en el litoral más transitado de la historia, y como consecuencia, los asentamientos en ella han sido múltiples, aunque sus huellas antropológicas y pétreas nos remitan a romanos y visigodos como visitantes más longevos.

Tras la conquista por la Corona de Castilla, Marbella vive en una placidez consustancial a su paisaje armónico, sin alteraciones destacables que incidan o rompan su cotidianidad.

Pueblo del Sur. Agrícola, prioritariamente, marinero por ley natural. Luminoso y abierto, aparece en ocasiones como ensimismado, embebido hacia adentro cual Narciso ante el espejo mostrador de sus propios dones.

El XIX le trae el primer envite de la modernidad. El hierro de sus montes fue un aviso de que algo parecía estar preparando el futuro para ella. La observan, catalogan, miden y explotan. Al final, la Lámpara de Aladino quedó sin abrir, y el pueblo recobró la serenidad de quien se sabe seguro en sus auténticas limitaciones.

Empezaba a disiparse el terrible vaho de la postguerra cuando de fuera llegan a cortejarla. Ricardo Soriano, marqués de Ivanrey abriría el largo camino de una etapa nueva, insospechada, meteórica y enervante, como sucede a veces cuando la atracción afluye y la pasión se desborda.

Fue la década de los años sesenta, reseñada como prodigiosa, quien haría estallar el volcán, configurando al Turismo como lava ardiente. Ciudad y habitantes

quedaron atrapados en el fuego que, de beneficioso al principio pasó a ser, en ocasiones, devastador.

La toma de posesión e investidura absoluta del turismo en Marbella es un fenómeno cuyo auténtico análisis falta, y aún tardará en hacerse largo tiempo, ya que las ramificaciones de este hecho son tan extensas, y los matices tan variados, que hasta el día de hoy, cualquier estudio u opinión queda inmerso en la urdimbre de subjetividades encontradas.

Lo cierto es que en los próximos setenta el alza en su economía fue de tal calibre, que además de dejar estupefactos a los estudiosos del tema, superando los elevados índices de inversiones con anterioridad previstos, llegó incluso a influir positivamente sobre las arcas del Estado, por el aumento en la entrada de divisas.

Con independencia de los factores materiales y económicos, la ciudad parece encontrarse, paulatinamente, consigo misma, saliendo de un inicial asombro para aceptar lo que intuía sin duda como destino taxativo y paradigmático.

En la mente de los habitantes del pueblo fue fraguando una conciencia dicotómica: de un lado receptores, y como tal anfitriones de excepción; del otro, exhibidores, luego negociantes. La ambivalencia mantenida favoreció de forma global a los nativos, tanto en la mejora de su bienes como en la amplitud de sus perspectivas anímicas.

Los últimos años de esta década representaron para Marbella su consagración definitiva, a nivel internacional, como lugar por excelencia para el ocio y vacaciones. Más aún, la enorme magnitud de su sector terciario modificó los parámetros económicos del país, e incluso los demográficos, debido a las enormes masas migratorias que seguían llegando de los diferentes puntos, atraídas por la movilidad y profusión de entidades bancarias.

Todo ello se integró en un contexto político nacional, primero estanco, como corresponde a la dictadura personal de un vencedor de guerra, y posteriormente, parlamentario y democrático.

En este sentido, Marbella se hace socialista en 1982, siguiendo la anhelada necesidad de un cambio tras muchos años de inercia y, petrificación casi, de sus organismos sociales, políticos y administrativos.

No siempre la realidad responde a las esperanzas de un pueblo. En dos ocasiones el partido que lidera Felipe González consigue la alcaldía de la ciudad, cuando todavía se encontraba ésta, inmersa en el esplendor de su desarrollo turístico.

En la segunda etapa, la sombra de crisis comienza a aparecer junto a los ingentes montones de hormigón y las torres altísimas que sin saberlo eran la señal

inequívoca del fin del paraíso.

La especulación de los sesenta-setenta, la Babel levantada a empellones cuando las vacas gordas, cae ruínosa, asediada por la competencia de nuevos territorios y por el reclamo de otras playas lejanas. El turismo se resquebraja. La gallina de los huevos de oro, comienza su lenta agonía.

Cuando en 1967 el Ministerio de Información y Turismo elaboró el Plan de Promoción Turística de la Costa del Sol en su primera fase (publicada en el B.O.E. el 27 de febrero de 1969) parecía que el siguiente paso, dentro de una lógica racional, sería el Plan de Ordenación Territorial y Urbana, necesario para que las deficiencias notorias en la infraestructura de la Costa, pudieran subsanarse.

No fue así, y próximo al final de los ochenta, una serie de factores coincidentes (entre los que hay que citar testimonios directos acusadores de desidia y servicios inaceptables) conducirá a un estado de alarma que toda la Costa registra con ansiedad y Marbella sufre en carne viva.

El sillón consistorial se tambalea y nadie parece capaz de penetrar a fondo en el conjunto de problemas que el municipio engendra de continuo. Una corriente, difusora de situación caótica extrema, se extiende como mano negra y feroz, dentro y fuera del pueblo, estigmatizándolo, y creando en quienes lo habitan sensaciones tan dispares como la catalepsia o la histeria.

El llamado “escándalo de las comisiones urbanísticas municipales” coloca al Ayuntamiento en la picota. A la ineficacia —piensan— se une la corrupción. Las calles están vacías, y en el duelo por el turismo que fenece se oyen voces pidiendo un salvador para el naufragio. Si la decadencia es castigo por pecados cometidos, solo un redentor podría llevar a la ciudad, de nuevo, al paraíso de las divisas.

Cuando un terreno está abonado suficientemente, suelen surgir de él arbustos, por lo general, voluminosos, y con hojas de difícil caída. Erich Fromm dejó escrito que el aprendizaje de la libertad no es tarea fácil, y que cuando un pueblo obedece en demasía, echará de menos, al primer síntoma extraño, la orden del amo.

Marbella vitorea con júbilo al “hombre necesario” a quién acaba de concederle su total confianza en las elecciones de 1991, votándole por mayoría absoluta.

Cuando el pueblo regresa de la investidura en el balcón consistorial, parece cansado. “A esperar ahora, dicen; dejamos todo en sus manos”...

Comienza entonces el silencio de la ciudad que a partir de ese momento será espectadora pasiva de una remodelación total y absoluta. Todo ha de ser nuevo, diferente, espectacular. Marbella entra en una nueva era donde la madre-América aparece por doquier en signo y forma. El hombre que rige el municipio se transforma en esteta, publicista y salvaguardador de moral y costumbres. Nada está

fuera de control, todo rigurosamente estudiado, desde la perspectiva mayestática, impresionante, de la Avenida principal hasta la piscina de las viviendas benéficas.

Existe sólo el misterio de la financiación, en tiempos de crisis tan extrema. Pero hay luz, flores y actividad policial.

Pocos se arriesgan a opinar sobre el primer año de mandato. La apatía política es total. El pueblo no quiere reflexiones que conduzcan más allá del impuesto de basuras o el colegio para los niños. Marbella es pura praxis. Adopta un lema: Playa, Inversión y Turismo.

Precisamente el Turismo ha sido como su Mefistófeles particular, que le obligó a condiciones abdicativas. La última registrada es la evidente desorientación y el desasosiego difícilmente expresable.

Como si hubiese vuelto, obligadamente, a nacer, Marbella se ofrece, con rostro diferente, para ser de nuevo objeto de deseo.

Aparece hoy, engalanada y bella. El futuro habrá de decir si amalgamó como debía cuerpo con alma.

*14 de diciembre de 1992*